

CARLOS SABAT ERKASTY

Por JUAN PARRA DEL RIEGO

Tiro atrás mi corazón y ¿qué miro? Es el año de 1917, de mi llegada a Montevideo. ¡Florencio Sánchez! ¡Delmira Agustini! ¡Rafael Barrett! ¡Herrera y Reissig! He aquí lo que iba sonando en mi corazón mientras hacía mis primeras caminatas por una ciudad alegre y ventilada, rodeada de mar por todas partes como un buque, y con no sé qué luz, y qué intimidad, y qué simpatía que inspiraba tan aplacadores sentimientos de confianza al espíritu.

Y he aquí que fué la noche. La ciudad sacó todas sus joyas de luz eléctrica y se llenó de una belleza más misteriosa y fina en el ondulamiento raro de sus calles. — ¿Y los artistas? Como en París y Madrid, en Montevideo había que ir a buscarlos al café. Y fué en un café, pero en un café sin esa cosa estrepitosa, revieja y melancólica de los de París y Madrid, donde conocí a Carlos Sabat Erasty.

¡Carlos Sabat Erasty! Ya había notado yo que una de las cosas más entrañablemente típicas del carácter uruguayo era la alegría sin bajeza, la sencillez viril y el calor fraternal, pero en Sabat me sorprendió más hondamente por la cantidad de pasión representativa que esto tenía. Una cara de pastor griego, una vertiginosa melena de músico y con su aspecto general de gigante bondadoso: ¡qué sensación de fabulosa juventud, de salud, brillante y enorme de kermesse, daba verlo, sentirlo hablar, reír, envolverse al despedirse en su capa de lord Byron!

Veintiocho años tenía. Era el tiempo en

que acababa de publicar "Pantheos", su primer libro.

Un libro que como cosa de más carácter interior, traía el sentimiento de la inteligencia en la poesía; y como técnica de realización, el verso libre más ardiente y numeroso, antiguo, por cierto culto de la mayor claridad y plasticidad; y moderno, por su cantidad atropelladora de pasión vital y duda agresiva. Y ahí donde "El Arbol", iniciaba con tema impregnado de misticismo cósmico, el cielo de esos "poemas del hombre", que son el propósito artístico más serio de la obra de Sabat, y con los que él quiere hacer algo así como una nueva "leyenda de los siglos" de Víctor Hugo, pero con la historia interior de la vida. (¿Quién dijo que al artista hay que juzgarlo por el tamaño de sus sueños?) Esos cantos longitudinarios sobre la voluntad, la noche, el corazón, el tiempo, especie de sonatas filosóficas en palabras que quisieran retener la emoción espiritual de todos los instantes, tan tediosas e incomprensivas para un gusto que no quiere salir de los compases del sentimentalismo de todos los días, pero de un sabor tan sutil y necesario para los de inteligencia dolorida y trabajada, los que reclaman temas más fuertes y más puros al arte.

El caso poético de Sabat, por eso, es una cosa aparte en una América que sólo puede señalar tradición de poesía verdadera en el "Martín Fierro". (1) Y es, casi podría decir, si no hubiera existido el milagro de un Rubén Darío y una moderna Gabriela Mistral, el caso único del poeta de ideas. Aunque no

está bien expresado así. Porque es más total si se le abarca en el conjunto de toda su obra. Sentidor y pensador, tiene a Walt Whitmann y a Nietzsche simultáneamente. El dyonisiaco de la naturaleza y el dyonisiaco de la pasión del conocimiento.

Dos hechos que explican ese juego de luz y de sombra que hace el singular carácter de cosa viva y trascendentalizada; instintiva y mental; de loco vértigo enumerativo de panoramas y condensaciones bruscas de ideas que hace toda su poesía.

¿La Naturaleza? El ha dicho: "el Amor ha hecho su templo en el Universo", y ¿quién podría repetir las cosas fuertes, grandes, sagradas de un infinito amor y de una divina ternura que él ha dicho de la Gran Madre, de una infancia maravillosa en las mañanas y de una vejez tan dulce en las noches?

¿El conocimiento? ¡Qué pocos son los que han llevado como él hasta distancias tan vertiginosas el sentimiento de la idea en la poesía! Todos gritan, exaltan. Eso está bien, porque es muy humano. Pero eso es lo bárbaro en el arte. ¿Y cuántos son los que razonan, y hasta el último momento discuten mentalmente con las cosas? Y eso es lo superior. Porque eso ya no es sólo la epidermis pasional excitada. Es la conciencia herida. Y eso es el hombre rescatado a la bestialidad originaria, que responde con más sutil y divina armonía. Y he aquí por qué Sabat, para muchos críticos superficiales, no reacciona con

(Sigue en la pág. 12)

CARLOS SABAT ERKASTY

una actitud vital frente a las cosas, sino con una fría actitud metafísica. ¡Fría, cuando el fuego no ha hecho sino cambiar de lugar: de la carne al espíritu! Al cerebro, donde ya pierde su atmósfera de sensualidad fácilmente comunicativa y adquiere la tragedia de la soledad intelectual. ¡Y cómo arde, entonces, llama fija que alumbra pero que tanto consume! Y he aquí de qué manera es metafísica la poesía de Sabat: no como el filósofo universitario, por hacer intervenir de un modo sistemático las ideas en la consideración de todas las cosas, deduciendo fríamente una moral y un orden; sino como el místico, por hacer intervenir en todo la emoción del espíritu que deduce una pasión y una religión de las ideas.

¿Una religión? ¿Las religiones? Sabat a todas las comprendió como poesía, y a todas las rechazó como dogma. Como dogma, todas le revelaron el aspecto acomodaticio y de solución cobarde de las plebes espirituales y las otras pobres y engañadas siempre plebes de la miseria y el trabajo. Como poesía, en ellas encontró las fuentes inagotables de ese lenguaje misterioso de toda antigüedad, rico en símbolos, de finezas orientales, arcano y entusiasta, y siempre himnico y litúrgico, que define tanto su estilo.

* * *

X Grande y puro poeta este Carlos Sabat Erkasty! Yo, que he sido el "globe trotter" más ardiente de mi generación (¡oh corazón mío que llaman las campanas de los horizontes!), y he hablado con todas esas personas que se llaman los grandes artistas en las ciudades (¡frío! ¡asco!), yo os aseguro que sólo muy pocos me dieron como él la sensación de ser el poeta como lo quiere la vida: el expresador natural de lo maravilloso, el que no tiene más pasión y religión que comunicarle a todo forma artística y la inocencia de la belleza, del ser por excelencia puro, desinteresado, dueño de todo amor, de toda generosidad y toda fuerza, de lo que verdaderamente es el Poeta.

* * *

Tiro atrás mi corazón, y ¿qué miro? Es una sinfonía de ideas y pasión su silueta sobre el tiempo.

—¡Vamos al puerto, Sabat!

Y al puerto nos íbamos en la hora de los hombres azules, de las casetas giratorias, de las grúas y las barcas junto a las dársenas como grandes manos ahuecadas en el ruego de Europa a América. ¡Qué cielo, esos días! Esos cielos de un azul celeste eléctrico y helado que sólo se ven en Montevideo después de los "pamperos" limpiadores, jurnas de sensibilidad infinita, de maravillosa poesía que indican que el mito de la tierra es paz y trabajo, amor y voluntad! Volaban las gaviotas sobre los mastiles y los hombres de la descarga, y era un placer intelectual, fino de los ojos seguir los dibujos arcanos del ave que más celebra la luz y la vida de los marineros. ¡Cómo se emocionaba Sabat, mirándolas! Caminábamos junto a las altas proas ("Proa es la frente del hombre", ha dicho él en un canto), y en verdad que esos grandes vapores, de máquinas vencedoras, hacían pensar con más optimismo y nobleza en los hombres.

—¡Vamos a la estación, Sabat!

Y nos íbamos a ver las locomotoras...

¡Adiós, maquinistas, nosotros somos vuestros mejores amigos, porque nosotros somos los poetas! Y es cierto que hay una nueva belleza violenta en las máquinas, que vió Walt Whitmann y Marinetti. Los trenes iban... llegaban... Carrera de ataúdes ha-

cía los horizontes... Caía una bandeja de señoritas y baules... ¡Movilización? Señales, gestos, secretos de hombres con faroles, maniobras de cambio, entregas de parte. Nos cortaba los ojos un cuchillo de sonido. Entraba la 79 con una fumarola negra de volcán y había como un ataque de fiebre cerebral en la estación. Y ¡oh súbitos gritos de celo y sufrimiento de las máquinas chiquitas! Los vagones que se arrancan de espaldas solos... Las toses de los escapes de vapor... Uno de pipa que cuelga del tender un brazo soñador... El dolor de huesos de los largos entrechocos metálicos... Y de repente, la llegada gloriosa de una locomotora grande como un altar... ¡Nuestra Señora de la Pasión y de la Fuerza! Madre vencedora con su larga prole obediente.

—¡Vámonos a las playas, Sabat!

Y nos hacíamos esas caminatas anhelantes por Capurro, Malvín, Carrasco, que se acababan en el atardecer dramático y visionario de la Escollera.

¡Oh Malvín en esas tardes de un sol rudo y dorado, cómo nos subía al corazón el amor de los árboles, de las nubes blancas, y el gran ojo azul y lleno de ternura del mar. El hablaba como el centauro Quirón, del enigma de las cosas y la belleza fatal de las mujeres. Todo le parecía divino y armonioso... La olimpiada del viento sobre las olas... La arena fresca como una carne... Una rara piedra... Una bañista que entraba corriendo al agua... En verdad, yo os aseguro que si no habéis comprendido con alma pura la belleza de una joven mujer, nunca comprenderéis la poesía de Sabat!

Me acuerdo de un día que vimos bañarse los ciento cincuenta caballos del Escuadrón. ¡Qué maravilla! Todos se dispersaron en una carrera danzante y decorativa de libertad feliz por la playa! De dos, de cuatro, de cinco..., retardándose unos más viejos de dulce fatiga... tres blancos juntos... uno negro como un piano... otros más jóvenes y pederastas jugando a cálidas y alegres patadas... ¡Los hipocampos? ¡Los centauros de Darío? ¡Oh ese blanco, más lento, más fino, junto al que sería asombroso que se le acercara vestida de bailarina una mujer a darle un beso junto al ojo grandioso y triste!... ¿Y ese? Una yegua elegante como una señorita, aterciopelada, sensual, que se alejó sola y lanzó, tendiendo como un arco de violín el cuello al horizonte, el relincho más desgarrador de una nostalgia de praderas... pampas... Todos después se alejaron en un martilleo apretado de cascos, en coro al jinete soldado que partía con su kepí la tira celeste del mar... ¡Cómo sentía Sabat esta poesía de la Naturaleza! ¡Y cómo era alegre para el alma caminar al lado de este hombre, donde todo resonaba con una sensibilidad de micrófono y la vida tenía una línea de dignidad tan viril!

Después, parto yo a Europa. Vuelvo al año. ¿Y Sabat? "¡Renovarse o morir!": ¡oh el bello grito creador de un nuevo romanticismo para la juventud! Sabat ahora es otro. ¿Qué le han traído a él los treinta años, que en la mayoría de los artistas americanos traen los argumentos dulces que todo lo disculpan, porque ya no hay fuerza para luchar con nada? Momento en que la muerte lanza sus primeros espías de diente enfermo, cana, arruga... En Sabat han traído un monje trágico de la poesía. Monje, así lo vi yo. Pálido de la palidez que ya no se va, enflaquecido, desencajado como el Dante, alejado de todos los amigos, sin querer quitarle un minuto a la pasión de

producir; aseeta de la vida y del pensamiento. Verlo era qué emoción afirmativa... Porque era ver al artista en el aspecto esencial de su misión, es decir: haciendo, haciendo... Más tajante y ardiente de fisonomía, todo en él revelaba la presencia de la vida intensa. ¡Treinta años ahora! ¿Qué perfumista persa le ha destapado al corazón un frasco de esencias íntimas que desvanecen y turban? Dolores de ideas, dolores de recuerdos, dolores de palabras injustas, dolores de ver, la sensibilidad del poeta adquiere una riqueza de ternura extraordinaria que lo hacen repentinamente triste como los viejos, fino como las mujeres, distraído como los niños, y de fuerza atrevida como sólo la puede tener el hombre. ¿Tú quién eres, ser pálido y febril que llamas? Soy la pasión mediatunda. Entra, pero no hagas ruido, que la fe reposa adentro, todavía.

Y es en este momento en que Sabat acomete la tarea solitaria y ciclópica de esos "poemas del hombre, en los que se contiene con su máxima plenitud:

"Estrella última de la altísima noche!

Yo soy el arquero del mundo,

el ágil cazador

de las ciudades y los bosques!"

Y escribe el libro de la voluntad, del corazón, del tiempo, poemas que fundan por su animación electrificante de pensamientos y su extraña fuerza, la única épica posible en nuestro tiempo, una épica mental; grandiosas sinfonías de la sabiduría triste, en que las ideas se hacen pasiones y tragedias de conciencia, como en Ibsen. Y viven. Y son más carne, más nervio, más dolor, más alegría, más persecutoria angustia y locura, de lo que puede imaginar el hombre-autómata de la acción y la mujer, ser dulce, pero inútil, que sólo sabe responder con sus collares de lágrimas.

¿Qué expresa Sabat en estos poemas, resaca de palabras y de imágenes, donde nuestro corazón se encuentre repetido en sus sobresaltos más divinos de dolor y de esperanza? Aunque parezca vago, yo estoy seguro que afirmo una cosa profunda si digo que expresan la vida. Eso. Pero la vida copiada, agitada en su aspecto de más alta humanidad, con lo que quiero decir: la vida en su faz de conciencia intelectual, es decir, de drama del ideal y las puras aspiraciones del espíritu, en choque con las limitaciones del espacio y la muerte. El "hermano" de Sabat Erkasty, por eso adquiere una magnitud de símbolo, es el Hombre, el Héroe, que no quiere aceptar imposiciones del mal y del misterio. Y se subleva. Y como en Strauss y Beethoven, el cuadro se simplifica, en sus significados de más eternidad. Y es sólo esto: Amor, Voluntad, Naturaleza, Muerte... Porque Sabat rechaza como una solución de optimismo mediocre la transfiguración final del héroe en la luz que se da en todos los músicos. El no pacta una paz falsa con el Dios sordo. Maldice como Prometeo y Caín, y prefiere alejarse solo y torvo a lo único que no engaña y es puro: la fraternidad con los otros hombres.

El dice:

Prefiero sufrir como hombre con un rudo valor y una ardiente entereza, y morirme hercicamente y ferozmente con los labios malditos de rencor y blasfemia. ¡Ah esta dura conciencia de varón, levantada terriblemente, como una piedra áspera y amarga, ante el vasto fracaso, ante el gusano repugnante y blando, ante el polvo ceniciento de los huesos.

Me voy, hermano, pero escúchame:

¡grito espantosamente!
 me han hecho para el dolor
 y no he encontrado a nadie que me cure las
 ¡El tiempo pasa! [lágrimas.
 Es el tiempo el que muele mi carne hasta bo-
 [rrarla
 y devolverla, obscura de sufrir, a la tierra!
 Pero yo maldigo todo mi destino
 y mi puño se fatiga
 de martillar mi pobre frente de hombre!

Y he aquí que en Sabat se produce después esa como segunda juventud, pero más fina que la otra, y que se da después de las grandes crisis ideológicas de los treinta a los cuarenta años en casi todos los artistas, como un sol después de la lluvia, y en que la sabiduría y el dolor ya no hacen de complemento livido y brusco en la obra de arte, sino como de sombra de pestaña melancólica sobre el ojo enternecido. Y se dan "Las Contemplaciones" en Victor Hugo, "Las Horas Claras" en Verbeuren, "Los Simples" en Guerra Junqueiro...

En Sabat se da el libro "Vidas". ¿Qué es "Vidas"? ¡Oh, bandejas de frutas de colores llevadas por los esclavos negros de Tintoretto y Paolo Veronés! ¡Oh mujeres de la Primavera de Botticelli corriendo sobre el friso vivo de árboles y rosas! ¡Oh vid de Salomón! ¡Oh mirtos, danzas, tambores, pampas! ¡Oh asnos, chivas y besos de la barba empapada de vino de Anacreonte! "Vidas", es el libro de la celebración total de la naturaleza

amada y comprendida en la figura humana. El libro en que Sabat es más músico y poeta. Músico en el sentido de Shakespeare, de director del bosque y el baile de las hadas en la noche de luna. Y más poeta, porque todo va más desinteresadamente dirigido a la erección pura del ideal. Menos muerte, fealdad, dolor, problema, en él. Ya no copia ardiente y humana de la vida como la sufren y la sienten los hombres, sino como la concibe el sueño del artista. Y el sueño de Sabat la ha visto maravillosamente ennoblecida y recuperada por el amor, la voluntad, la bondad y el trabajo pacífico. Y cada canto así es una cifra mística del Universo. "La Joven de la Fruta", "La Joven del Fuego", "La Joven de la Luz", "El Hombre del mar", "El Hombre de la Piedra"... Sabat celebra en cada poema un principio activo de la pasión con su número infinito de relaciones inmediatas y eternas. ¿Qué es, así, "La Joven de la Fruta"? Es la mujer que representa para el hombre el milagro de la materia en frescura, gracia, color, salud, manzana alegre de los ojos, naranja viva de la mano. ¿Qué es, así, "El Hombre del Mar"? Es el navegante de todos los siglos, "el héroe de los barcos, con el remo, las velas o el motor incendiado". Y espíritu, "La Mujer de la Luz". Y pasión, "La Mujer del Fuego". Y voluntad, "El Hombre de la Piedra". Y mito de pureza y verdad, "El Hombre de la Tierra"...

¡Grande y puro poeta este Carlos Sabat

Ereasty! Una agitación de inteligencia llevada a su extremo más dramático de interrogación y audacia; una presencia de eternidad y de espíritu que recuerda a los grandes libros sagrados de la Humanidad; un sentido de la fuerza, de la gracia, de la mujer y de la luz que haría sonreír a Aristófanes y a Goethe; un amor infinito a la Naturaleza como en los místicos de Oriente: he ahí lo que se desprende fabuloso y rumoroso como un eco marino de la poesía de Sabat. De esos cinco libros, "Pantheos", "Eglogas", "Poemas del Hombre", "El Libro del Mar", "Vidas", con los que él ya lleva muy firme la virtud que más caracteriza al artista verdadero: la fecundidad.

(1) ¿Los gauchescos? ¿Los coloniales? ¿Los republicanos? Esos son los mitos literarios que ha creado Ricardo Rojas para uso externo de la República Argentina. ¿Los gauchescos? Claro que enorme poesía. Pero en la vida y no en los poemas. ¿Los coloniales? También poesía. Mas, ¿en dónde? ¿Los republicanos? ¿Quién no sabe ya que fué precisamente en esos momentos en que el cuadro histórico fué de un colorido poético, casi alucinante, cuando los poetas americanos fueron más lamentablemente enfáticos y malos? Románticos, pero no del buen romanticismo de grandeza y locura sagrada de Schiller, Hugo, Musset, sino del peor romanticismo de la peor España: Quintana, Herrera, y después, Núñez de Arce, Zorrilla. ¡Horror!